

Apunte 12 / 2022

11 Noviembre 2022

Consideraciones geopolíticas de la guerra de Ucrania

Profesor Dr. Josep Baqués

Como académico, es esperable que de lo que está sucediendo en Ucrania seamos capaces de sacar lecciones aprendidas. Aunque podría cambiar el verbo “esperar” por el verbo “desear”. Porque, en realidad, aunque mucha gente opina sobre la guerra de Ucrania, se detectan pocos avances en el terreno conceptual. De hecho, ya teníamos lecciones aprendidas y no han servido de nada.

Uno de los principales exponentes de la geopolítica del siglo XX, Nicholas Spykman, exponía, en plena segunda guerra mundial, lo que su país (los EE. UU.) debería hacer para evitar una tercera guerra mundial, con base en diversas consideraciones geopolíticas. Porque una de sus principales obsesiones era evitar que las inercias de la guerra arrastraran a los EE. UU, a nuevos conflictos, tan devastadores como las dos grandes guerras del siglo XX.

Pero Spykman no razona en abstracto, sino que lo hace a partir de la obra de Mackinder, quien, a su vez, parte de que la zona más importante del mundo, por su acumulación de

territorios llanos sin apenas obstáculos, recursos naturales, materias primas y población, es lo que en 1904 definió como “área pivote” y, más adelante, en 1919, tras una ampliación de sus contornos, como *Heartland*. En el siguiente mapa, se ofrece la versión inicial del Área Pivote.



Delimitación del “área pivote” y demás espacios en 1904

Fuente: Mackinder, 1904: 312

Esa versión definitiva de la “tierra corazón”, se extendería en dirección al Cáucaso, en lo que concierne a su frontera occidental, de modo que se prolonga algo más hacia poniente, incorporando toda la cuenca del Caspio, ciertamente, pero también la del Mar Negro (e incluso Turquía) mientras que hacia el Norte hace lo propio con Escandinavia, integra la costa Báltica, y en el centro de Europa engulle buena parte de la actual Alemania (Mackinder, 1919: 130; 1943: 597) hasta, más o menos, la línea divisoria entre las antiguas RFA y RDA. En el siguiente mapa, se recoge la versión definitiva del *Heartland*.



Extensión del Heartland, ampliada en 1919

Fuente: Mackinder, 1943: 130

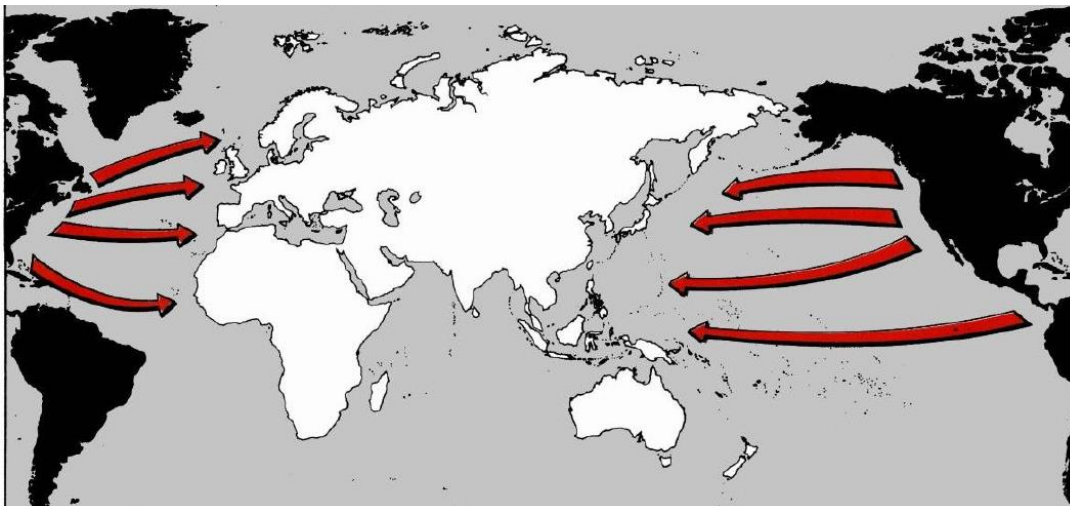
Pero, mientras Mackinder creía que el *Heartland* era una inmensa ciudadela natural, prácticamente inexpugnable desde el mar, Spykman corrige esa intuición, y advierte de la mayor relevancia de los Estados del *Rimland*, que son los ubicados en un primer cinturón que bordea el *Heartland*, de Oeste a Este, correspondiente al *inner crescent* definido por Mackinder en su mapa de 1904 (vid. Infra). Ese *Rimland* cuenta con una franja europea-occidental (que va desde Francia y España hasta Grecia, pasando por Italia), otra árabe (que comienza en Oriente Medio) y otra asiática o “monzónica” (con especial protagonismo de la costa china). La importancia del *Rimland* radica, a su entender, en que esos Estados litorales también acumulan mucho territorio, población y recursos. Pero, sobre todo, porque podrían dar salida al mar a las riquezas del *Heartland*.

Además, dada su vocación híbrida, o anfibia, serían los que podrían atenazar a los propios EE. UU. (cosa que no sucede con los Estados meramente continentales del *Heartland*, mientras se hallen encerrados en su ciudadela. Que los protege, pero también limita sus ansias expansionistas, si las tuvieran.

No en vano, Spykman habla de que su país estaría siendo objeto de un cerco estratégico en potencia, a partir del *Rimland* europeo y del *Rimland* asiático. En los cálculos de Spykman estaba el hecho de que los recursos de los EE. UU. (materias primas, fuentes de energía, población, manufacturas), aunque importantes, todavía eran claramente inferiores a los que acumulaba el *Heartland* y, por ende, a los que una potencia del mismo, con salida al *Rimland*, podría emplear, en caso de un conflicto armado. Una situación que hoy en día se repite, a pies juntillas, con unos EE. UU. que ya no tienen la primacía económica que alcanzaron, pero solo temporalmente, en los años 50 y 60 del siglo XX. Y con diversos Estados de Europa (notoriamente, Alemania) y de Asia (China, sin duda) que han crecido exponencialmente desde el punto de vista económico.

Por consiguiente, el *Rimland* pasaría a ser el auténtico epicentro de la política mundial, por encima, incluso, del *Heartland*. Si Mackinder opinaba que quien controle el Este de Europa, controla el *Heartland* y, a partir de ahí, controla el mundo, Spykman plantea una importante variante de esta teoría: a su entender, quien controla el *Rimland*, controla el *Heartland* y, desde esa atalaya, ciertamente, controla el mundo. Como puede apreciarse, sin perjuicio de la utilidad general de esta aproximación, Spykman está pensando, constantemente, en los problemas que deberían enfrentar los EE. UU. en función de estos parámetros. El mapa que se expone a continuación muestra, con toda claridad el significado de las pesadillas de Spykman.

Mapa que muestra el cerco estratégico al que estarían sometidos los EE. UU.



Fuente: Spykman, 1944: 59

Pero hay una diferencia fundamental entre las teorías de Mackinder y de Spykman, más allá de la mera geografía. Es la siguiente: en la teoría del *Heartland*, la única opción pasa por estar dentro del mismo. En cambio, en la teoría del *Rimland*, la influencia se puede ejercer desde el exterior del mismo, siempre y cuando se controlen sus accesos.

Por ello, el papel de Washington al decidirse a entrar en la primera guerra mundial fue tratar de evitar que Alemania saliera al mar, a través del *Rimland* europeo (cosa nada inverosímil, atendiendo a su alianza con los imperios austro-húngaro, que alcanzaba territorio marítimos como la actual Croacia; así como con el imperio otomano, de indudable vocación mediterránea). A su vez, la participación de los EE. UU, en la segunda guerra mundial, vino dada por la misma sensación (Spykman, 1944: 45), con respecto a una Alemania que ya controlaba los puertos franceses de la costa atlántica, lanzando desde allí docenas de submarinos que acechaban a los convoyes aliados, a lo que se sumaba lo que pudiera aportar Italia en el mediterráneo. Pero también vino dada porque, en el otro extremo del *Rimland*, Japón ya había desembarcado en China (por Manchuria) en los años 30, favoreciendo esa conexión entre los espacios del *Heartland*

y los del *Rimland*, que tanto preocupaba a Spykman, mientras amenazaba con llegar a la India, a costa del ya muy desgastado Imperio británico. Ni un atisbo, por cierto, de alianzas basadas en valores compartidos u otros criterios de corte idealista.

Dicho lo cual, lo que busca Spykman es el modo de establecer un equilibrio de poder de tal tipo, que, sin necesidad de acudir al expediente de otra guerra, en la que se vean involucrados los EE. UU., permita garantizar una paz duradera, disuadiendo a los poderes del *Rimland* de cualquier aventura y evitando, en lo posible, cualquier tentativa de conexión entre el *Heartland* y el *Rimland*.

La pregunta es, claro está, ¿cómo lograrlo? De acuerdo con el planteamiento de Spykman, los EE. UU. deben mantener una “presión de bloqueo” (potencial) sobre quienes lo rodean, en términos geopolíticos. Pero, para que eso sea efectivo, necesita aliados. En Europa, claramente, Gran Bretaña. No es por afinidad histórica (que, por cierto, no existía) ni siquiera por afinidad cultural. Sino por puro interés de los británicos, siempre celosos del surgimiento de una gran potencia en la Europa continental. Mientras que en Asia, además de mantener sus bases en Alaska y las Filipinas, apunta a la conveniencia de mantener una buena relación con Rusia. Porque el peor problema para China, o, para Japón, es verse en la tesitura de enfrentar, a la vez, la presión de una potencia marítima como los EE. UU. y de una potencia continental como Rusia. Entonces, lo que debería hacerse para garantizar la paz es proteger el equilibrio de poder en Europa (Spykman, 2007: 128), apoyándose para ello tanto en Gran Bretaña como en la URSS (Spykman, 2007: 61). A su vez, para que las potencias asiáticas no decidan lanzarse al mar para expandir sus dominios, resulta fundamental que no solo noten la presencia en el mar de las potencias marítimas continentales, sino que, además, noten el aliento de una potencia continental que les obligue a echar la vista atrás (literalmente).

El planteamiento de Spykman ha sido continuado, a su manera, por el que probablemente sea el mayor experto en geopolítica de finales del siglo XX: Brzezinski. Este estadounidense de estirpe polaca, también nos dejó algunas recetas básicas para

conducir la política exterior de su país, aunque quizá sería más propio aludir a la definición de una gran estrategia para su país.

La idea básica que sostiene se basa en que los EE. UU. mantengan una buena relación con sus aliados de los dos extremos del *Rimland* (en Occidente, integrados en la OTAN y, en Asia, a partir de sendos tratados bilaterales) haciéndose necesario para su seguridad. Pero, sobre todo, que la gran estrategia de los EE. UU. debe dirigirse a impedir que países como Rusia y China se unan -aunque añada que esa unión sería especialmente peligrosa si, además, se les uniera Irán- (Brzezinski, 1998: 48). En el fondo, pues, se trata de una receta muy similar a la de Spykman, porque a Brzezinski le preocupa que China (la nueva gran potencia asiática) incremente sus opciones de salir al mar y que, a partir de esa confluencia entre Estados del *Heartland* y del *Rimland*, se genere un potencial que constituya, desde un primer momento, una amenaza para el liderazgo de los EE. UU. y, quizá, a partir de ahí, en un futuro no tan lejano, una amenaza a su seguridad. Por ello, Brzezinski apunta que esa es una condición *sine qua non* para Washington.

Una vez conocidas las tesis de Spykman y de Brzezinski en lo que concierne al tema que nos ocupa, es el momento de combinarlas con las de Grygiel. Ya que este experto desarrolla un magnífico análisis histórico que nos permite entender las líneas maestras de la política exterior china, desde hace siglos. No es una cuestión coyuntural, ni que tenga nada que ver con quién gobierna en Pekín en cada momento, ni con su ideología. ¡Es geopolítica!

En efecto, la tentativa china de salir a aguas abiertas, tan vigente en la actualidad, no es, en verdad, nada nuevo. Hace muchos siglos, sus buques mercantes y de guerra ya circunnavegaron el subcontinente indio y bordearon la costa africana, hasta el Cabo de Buena Esperanza, y más allá. Sin embargo, en el siglo XV, esa expansión allende los océanos languidece hasta desaparecer sin apenas dejar rastro. ¿Por qué? Muy sencillo: la reorientación de su gran estrategia, que algunos pueden catalogar, simplemente, como introspección, fue debida a la presión ejercida por los mongoles en el interior de

China. El legado más evidente de ello es la reconstrucción, en esas fechas, de la Gran Muralla. El punto de inflexión definitivo fue la derrota china en la batalla de Tu Mu, en el año 1449, que costó la vida a medio millón de chinos y mostró su tremenda fragilidad ante los ataques procedentes del interior. En resumen, y en palabras de Grygiel...

“Cuando, a mediados del siglo XV, la estrategia de la dinastía Ming falló en su intento de asegurar su frontera Norte, el imperio fue obligado a retirarse del mar, dejando un vacío que fue ocupado por los piratas europeos, China comenzó su declive en los siglos XVI y XVII, en particular respecto a los Estados europeos, que rápidamente se expandieron a lo largo de las rutas marítimas asiáticas” (Grygiel, 2006: 124).

Entonces, ¿qué significa esto? Pues, lógicamente, que si China se siente política y militarmente presionada desde el Norte. Al tener que poner los cinco sentidos en la defensa de esa frontera, deja de perseverar en la búsqueda de salidas a mares abiertos. Cosa que coincide, por añadidura, con una de las tesis fundamentales de Mahan: la enorme dificultad de ser una potencia marítima cuando deben vigilarse amplias fronteras interiores, máxime si los Estados que la comparten son auténticas potencias. En sus propias palabras:

“si una Nación está situada de tal manera que no se ve obligada a defenderse por tierra ni puede pensar en extender su territorio de igual forma, al tener que dirigir todos sus designios hacia el mar, , lleva ya en sí una ventaja positiva con relación a otros pueblos que puedan tener alguna frontera continental” (Mahan, 2007: 98)¹.

Visto lo cual, parece evidente que, en nuestros días, la potencia que podría jugar ese mismo papel, en sustitución de los mongoles es, precisamente, Rusia.

¹ Es por eso que Mahan indicaba que los Estados mejor posicionados para ser potencias marítimas con los grandes archipiélagos monoestatales (como Gran Bretaña o Japón) o los grandes Estados que, por su geografía son “casi islas” o “penínsulas”, abiertos a varios mares y con escasa o nula presión en sus escasas fronteras terrestres, como los EE. UU.

A lo que hay que añadir que, en nuestros días, Rusia y China tienen sus propios problemas en la zona. Por un lado, ambos se disputan los favores de Kazajstán, en teoría en la órbita rusa. Pero Kazajstán es un eslabón fundamental de la franja terrestre de la Nueva Ruta de la Seda. Por otro lado, ambos mantienen un contencioso, nunca bien cerrado, en la frontera siberiana, habida cuenta de que Rusia incorporó a su espacio de soberanía extensos territorios siberianos a mediados del siglo XIX, que hasta entonces habían pertenecido a China. El problema, para Moscú, estriba en que desde Pekín recuerdan que en la fecha de la firma de esos Tratados, China era poco más que un Estado fallido, de modo que la firma se habría producido en unas condiciones de desigualdad tales, que bien podría decirse que estamos ante tratados nulos de pleno derecho. Si a todo lo anterior le sumamos la penetración masiva de trabajadores chinos en ciudades reivindicadas por China, tan importantes como Vladivostok, el problema para los intereses rusos es especialmente peligroso. Claro que si la ampliación de la OTAN hacia el Este (sin freno) ha arrojado a Rusia a los brazos de China, es evidente que todo este escenario ha pasado a un segundo plano. El hecho, por lo demás, que la OTAN haya terminado ubicando a China en su lista de amenazas (de acuerdo con las pretensiones de Washington, y aunque eso no sea necesariamente lo que conviene a todos los demás aliados), no contribuye a otra cosa que no sea estrechar los lazos entre Moscú y Pekín, dando con ello al traste con lo que comentan Spykman, Brzezinski o Grygiel.

En definitiva ¿qué punto tienen en común las tesis de Spykman, Brzezinski y Grygiel? Que a los EE. UU. le saldría más a cuenta mantener una buena relación con Rusia. Pero no solo por el hecho en sí de que le conviene tener una buena relación con todos. Nada de eso. Estamos hablando de geopolítica, no del mundo feliz. Le conviene, precisamente, para balancear a China que es, a la larga (o no tanto, pues los años pasan, y las grandes tendencias son las que son) la principal competidora por la hegemonía mundial.

Pero... ¿qué tiene que ver todo eso con lo que han venido haciendo los EE. UU? La respuesta más amable nos dice que nada. Pero la más real nos dice que sí, que hay una relación: porque los EE. UU. han estado haciendo justo lo contrario de lo que recomiendan quienes más saben de geopolítica. Y, total, ¿para qué? Para terminar implicados (siquiera sea, al menos por el momento, indirectamente) en una nueva guerra europea, en suelo ucraniano, en oposición a Rusia, para desgastar a Rusia, mientras China es una de las grandes beneficiarias, al no sufrir desgaste alguno, además de que el desgaste que sí está sufriendo Rusia dejará a los rusos, durante lustros, en disposición de convertirse en poco menos que un vasallo (lo digo así, por emplear el típico lenguaje de Brzezinski) de China. Pero eso no es especialmente interesante ni para los EE. UU, ni para Occidente, a tenor de todo lo dicho.

Porque, el problema de no leerse a los clásicos, o de no hacerles caso, comienza, lógicamente, mucho antes de que estallara la guerra de Ucrania. La ampliación sin fin de la OTAN hacia el Este ha sido (y es) un problema. Porque arroja a Rusia a los brazos de China que es, precisamente, lo que se debería evitar el gobierno de Washington. Los argumentos del tipo de que, si un Estado democrático quiere entrar en la OTAN, hay que recibirlo con los brazos abiertos es, en clave geopolítica, un sinsentido. La OTAN debe decidir a quién admite (o no) en función de criterios de Seguridad (de sus socios actuales), basados en una adecuada noción de una gran estrategia. La OTAN no es una ONG. Y no entro en si Ucrania merece algún crédito como sistema político liberal-democrático, que creo que merece poco. Pero, para mi argumento, eso es poco relevante. Aunque lo fuera: la OTAN no es la ONU y debe tomar sus decisiones con la cabeza fría, sin dejarse llevar por (presuntos) idealismos de funestas consecuencias prácticas.

Llegados a este punto, el lector poco avezado dirá, supongo, que Spykman, Brzezinski y Grygiel deben ser prorrusos. Pero, notoriamente, no es el caso. ¡Nada más lejos de la realidad! Simplemente, se trata de gente inteligente, formada (como pocos) que aman a su país (los EE. UU) y, sobre todo, que no subordinan sus análisis a las típicas

demagogias, tópicos y superficialidades de la política cotidiana. Por mi parte, tampoco soy prorruso, aunque, a decir verdad, no soy proestadounidense, ni pro nada, salvo pro España, que es mi país, al que quiero. En ese sentido, sé reconocer a mis aliados, y los EE. UU. lo son, ciertamente. Ahora bien, no veo más que seguidismo respecto a su gran estrategia, que creo errada. Por ello, me he animado a escribir estas líneas, a modo de reflexión personal. Porque creo, sinceramente, que la lealtad bien entendida no consiste en no cuestionar aquello que contenga demasiados flecos, o errores patentes. Más bien, consiste en advertir a los aliados dónde puede haber un problema y, en su caso, qué hacer para corregirlo. Tal es la intención que subyace a este artículo.

Las causas de la inopia de buena parte de las elites políticas occidentales están, no solamente en su escasa formación para la geopolítica y las relaciones internacionales, sino también en que la poca que les llega, llega de teorías que operan en el ámbito de lo políticamente correcto, pero despegadas de la realidad. Pondré un par de ejemplos:

Algunos se han encargado de alimentar, de modo expreso, la sensación de que el análisis de la geopolítica estaba obsoleto, ya que, decían, “previene la existencia de un conflicto donde no lo hay” (Chowdhury y Kafi, 2015: 8). Para más inri, resulta que ambos autores se estaban entrometiendo con la teoría de Mackinder, en particular, empleándolo a modo de símbolo y muestra de la presunta decadencia de los análisis de geopolítica, y se referían al escenario de Europa del Este, ahora en llamas.

Mucho más preocupante es, por sus enormes pretensiones (de sentar cátedra) la que elabora a conciencia un viejo conocido nuestro, John Ikenberry, a la sazón un inteligente experto proveniente del campo del institucionalismo liberal que, en un artículo dedicado exclusivamente a esta misión, aparecido en 2014, refleja su opinión acerca de que la geopolítica tiende a ser “alarmista”, ya que sus divulgadores no asumen la capacidad de los EE. UU. Para atraer al campo liberal a China, Rusia, e Irán” (Ikenberry, 2014: 80). Quienes se dedican a la geopolítica no habrían entendido la preeminencia creciente del proyecto de democracia liberal-capitalista, ni tampoco que, a consecuencia de ello,

“Rusia ya está parcialmente integrada en la economía mundial mientras que China está profundamente integrada en ella” (Ikenberry, 2014: 87 y 84, respectivamente).

¿Qué decir al respecto? Sin duda, que contiene un lamentable (desde una perspectiva académica con pretensiones de científicidad) exceso de idealismo, que aleja a los críticos de la geopolítica de la realidad. O, quizá, también, que mientras escribo estas líneas, veo en televisión que Corea del Norte ha lanzado otro misil balístico hacia Japón que, con un poco de suerte, caerá en el mar, así como que Putin arremete en su amenaza de emplear armas nucleares en la guerra de Ucrania, sin que eso disuada a la Casa Blanca de alinearse con todas las peticiones de Zelenski.

En los últimos tiempos, la ideología (en el peor sentido de la palabra) ha penetrado en los análisis (o pseudoanálisis) geopolíticos. Es lo peor que nos puede pasar. No porque los valores no sean importantes (que lo son) sino porque no se deben mezclar ambas cosas. Si se mezclan, el precio a pagar es que ya no tenemos análisis geopolítico que valga, aunque mucha gente emplee la palabra mágica, “geopolítica”, muchas veces sin conocimiento de causa.

El profesor **Josep Baqués Quesada** es Investigador del Centro de Seguridad Internacional de la Universidad Francisco de Vitoria

Bibliografía

Brzezinski, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.

Chowdhury, Suban y Kafi, Abdullah (2015). "The Heartland Theory of Sir Halford John Mackinder: Justification of Foreign Policy of the United States and Russia in Central Asia". *Journal of Liberty and International Affairs*, 1 (2): 1-13.

Grygiel, Jakub (2006). *Great Powers and Geopolitical Change*. Baltimore: John Hopkins University.

Ikenberry, John (2014). "The Illusion of Geopolitics. The enduring power of Liberal Order". *Foreign Affairs*, 93 (3): 80-86.

Mackinder, Halford (1904), "The geographical pivot of history". *The Geographical Journal*, 170 (4): 298-315.

Mackinder, Halford (1919). *Democratic Ideals and Reality*. New York: Henry Hold and Company.

Mackinder, Halford (1943). "The Round World and the Winning of the Peace". *Foreign Affairs*, 21 (4): 595-605.

Mahan, Alfred 82007 [1890]). *La influencia del poder naval en la historia*. Madrid: ministerio de defensa.

Spykman, Nicholas (1944). *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt, Brace and Company Inc.

Spykman, Nicholas (2007 [1942]). *America's Strategy in World Politics*. New Brunswick: Transaction Publishers.